

Actos del Casino

“Oíd, oíd lo que los hombres han hecho” (Eugenio D’Ors)

Viaje a Rusia: Moscú y San Petersburgo

Más de medio centenar de socios y amigos del Casino viajaron a Rusia esta primavera, —del 28 de abril al 5 de mayo—, concretamente a las ciudades de Moscú y San Petersburgo. Dos maravillosas urbes con sus características y personalidad propias. Monumentos, palacios, plazas, grandes avenidas, color y calor del tiempo y de sus gentes convirtieron la experiencia en inolvidable.



Todos los viajes que se organizan desde el Casino de Madrid tienen algunos aspectos en común. En primer lugar, muchas de las personas que deciden emprenderlos son repetidores,

lo que hace de los reencuentros una auténtica fiesta de saludos abrazos y reparto de sonrisas a diestro y siniestro. Este hecho ya constituye una sólida base de partida, repleta de vivencias y guiños a la que añadir, sumar y sumar.

Por otra parte, también están aquellas que son muy jóvenes, o se incorporan por primera vez, y observan las escenas con una mezcla de admiración e incredulidad, sin sospechar que en pocas horas, se sentirán integradas y acogidas “como de toda la vida” porque un simbólico y majestuoso paraguas, llamado Casino de Madrid proporciona esa garantía.

Moscú

La primera impresión nada más emprender la marcha desde el aeropuerto hasta Moscú correspondía con la idea preconcebida. Es un país inmenso y su capital la ciudad más grande de Europa, una señora metrópoli con más de 17 millones de

habitantes. Pese al idioma cirílico de los luminosos en los establecimientos, los logotipos permitían intuir que muchas de las compañías eran las mismas que las que vadean nuestras autopistas y se instalan en nuestros centros comerciales. Es la globalización. “Menudo cambio” se podía escuchar con frecuencia. Era la expresión más común entre los socios que ya habían estado tiempo atrás. “Parece otro país. No se parece en nada al recuerdo que yo tenía. Todo era más oscuro y más gris”.

Ya en la cena, con una noche cálida y agradable, se pusieron en marcha todos los sentidos. El lugar elegido lucía un magnífico pórtico y unos salones abovedados con los techos profusamente decorados con pin-



Un alto en el tour para disfrutar del precioso reflejo acuático surcado por las aves. Arriba, detalle de San Basilio también con uno de los grupos (abajo) y el Museo Popular en la Plaza Roja (derecha).



turas de pinceladas delicadas y detalles naturales. Además, junto con los nuevos sabores también estaban los nuevos acordes que inundaron el recinto: un grupo de folklore popular, capaz de sacar música y lograr un instrumento de los objetos más variopintos y comunes, como un serrucho, unas cucharas o cualquier utensilio de cocina. El establecimiento estaba ubicado al lado de la plaza Roja, así que, pese al cansancio por el madrugón o la hora, (dos más que en España) fueron pocos los viajeros que se resistieron a la tentación de hacer una visita a la Plaza Roja. “Que bonita está”. “Pero... ¡es inmensa!” “Qué barbaridad no la había imaginado tan descomunal”. Y es cierto. Conocemos lugares lejanos por los libros, postales, fotos, cine o televisión y realmente son tal cual, pero... fallan las proporciones. “A mi me pasó cuando llegué a Madrid por primera vez y conocí la Puerta del Sol. Años tomando las uvas con su reloj y la había imaginado mucho más grande”, decía un socio. Pero con la Plaza Roja, cuyo origen se remonta al si-

glo XV, todos convinieron en que era espectacular, no en vano, está considerada como la tercera más grande del mundo con casi 700 metros de largo por 130 de ancho. Como referencia, señalar que un campo de fútbol tiene 100 por 64. Los edificios que la delimitan son también singulares, entre ellos se encuentra la Catedral de San Basilio, que con sus cúpulas de vivos colores es el icono más representativo de la ciudad; el Mausoleo de Lenin, rodeado de las tumbas de los próceres revolucionarios, “por cierto, no conozco a nadie que haya podido ver la momia de Lenin”, comentaba una simpática socia. “Es verdad”, dijo otra. “He preguntado entre mis amistades y conocidos y siempre ha coincidido con que estaba en obras; y ahora también”, decían. En la plaza está además el Museo de Historia Popular y el GUM, un centro comercial enorme y elitista adornado por millones de pequeñas bombillas que delimitaban sus formas y ofrecían a la postal nocturna un aspecto de cuento con un toque de magia. Es indiscu-

tible que el GUM, formado por amplias galerías con espaciosas tiendas donde pueden encontrarse las marcas más exclusivas del mundo, es un auténtico templo dedicado al consumo y con precios superiores a los de España.

Muy cerca de la plaza Roja se encontraba el hotel donde se alojó el grupo, el Ritz Carlton, lo que permitía a los viajeros acercarse en cualquier ratito libre que dejaba el denso programa. En éste, no faltó la visita panorámica, en la que destacaban construcciones como el campo de fútbol, en el que juegan todos los equipos locales, —algo inconcebible en España donde cada equipo tiene su propio estadio—. Sobresalían en la línea del horizonte las joyas antiguas de la arquitectura soviética, ras-

cacielos gótico-estalinistas denominadas “las 7 hermanas”. Entre ellas están la Universidad Estatal de Moscú y el hotel Ucrania. Resalta además, el moderno centro financiero, cuyos nuevas construcciones evocaban a las cuatro torres que han crecido en Madrid. En Moscú, conviven de forma armónica, edificios de diferentes épocas, alturas y estilos que narran trozos de la historia de la colosal urbe.

Pero si algo llamó la atención y atrajo la curiosidad de los socios casinistas, especialmente de ellas, fue la gran cantidad de bodas que había por toda la ciudad. Hasta ocho pudieron contar en un mismo lugar. Todos los enlaces tenían muchos elementos en común: Novios muy jóvenes, un reducido grupo de amigos y los blan-



Actos del Casino

Parte del grupo posa sonriente tras el desfile militar en el Kremlin.



Viaje a Rusia

cos y abullonados vestidos de ellas. “Debe ser que aquí se llevan así”. También había muchas y enormes limusinas para los negocios y las ocasiones especiales, y unos atascos interminables que permitían a los celebrantes bajar y compartir las sonrisas y las bebidas con los ocupantes de los demás vehículos.

En Moscú, no podía faltar la visita al metro, al que se accede por unas larguísima escaleras mecánicas cuyo final no puede contemplarse hasta pasada más de la mitad del trayecto. Es una obra de la época soviética con una red suntuosamente decorada, denominada por Lenin como “los palacios del pueblo” y que utilizan cada día más de nueve millones de usuarios. La ruta incluyó varias estaciones, todas muy llamativas. En ellas, turistas y moscovitas ya acostumbrados, comparten andenes y disfrutan de los decorados pasillos en los que no faltan esculturas, pinturas,



mosaicos y relieves de todo tipo, elaborados con bronce, mármol y todo tipo de materiales.

El Parque Gorki ofrece sus jardines para el descanso y la recreación y la Catedral del Cristo Salvador fue reconstruida según los planos originales de la catedral demolida tras la revolución de 1917.

En el Kremlin la fortaleza de los zares, además de los cuatro deslumbrantes y fastuosos palacios, las cuatro catedrales, la muralla rematada por almenas en forma de colas de golondrina, la campana de la zarina, el cañón más grande del mundo —con 200 toneladas de peso— y las hermosas vistas, aguardaba a los socios toda una sorpresa: un desfile militar que parecía preparado para la ocasión. Ataviados con las mejores galas, allí estaban: banda, caballería, infantería y un inesperado espectáculo del que todo el mundo pudo disfrutar. Las gorras de plato de los soldados, con un diámetro enorme, no pasaron desapercibidas en ningún momento.

En Moscú, todo lo que reluce, es oro”, explicó Natalia, la guía,

refiriéndose a las múltiples y redondeadas cúpulas que adornan la línea del cielo recortadas en un intenso azul. Los viajeros pudieron admirar la ciudad desde muchos lugares, lo que proporcionó una completa visión. Desde la terraza del hotel, la vista nocturna de la plaza roja era espectacular. “Casi me emocioné contemplando esto. Va a ser una de las imágenes que voy a conservar siempre de esta ciudad”, dijo una siempre afable y sonriente socia, “¡lástima que no hay una cámara capaz de captar tales sensaciones!”. También estuvieron las amplias vistas que se pudieron contemplar desde el otro lado del río Moscova. ¿Y qué decir de las que había desde el restaurante Kalina con doble ventanal y un balcón sobre la ciudad y el río? Incluso las de la ciudad desde el río mismo, gracias a la travesía en el barco River Palace donde se sirvió una de las cenas con música en directo.

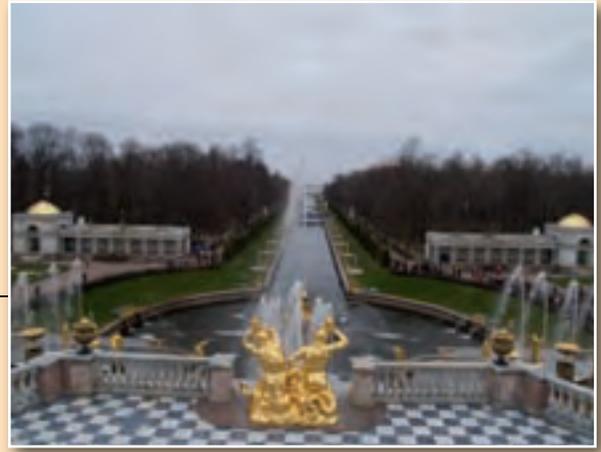
Desde el barco, la ciudad se deslizaba suavemente mostrando en sus orillas los edificios antiguos y los nuevos complejos, todos ellos con un tenue reflejo en las aguas. “Falta un poco de luz pero es precioso”. “¡En cuanto amplíen la iluminación, va a quedar espectacular!”, comentaban en un pequeño grupo en la terraza de la nave.

También el arte ocupa una parte importante de los atractivos moscovitas y la galería nacional Tretyakov con más de 45.000 objetos, es un orgullo dentro de las obras pre-revolucionarias.

Gran cambio

El país ha estado sometido a un gran cambio en los últimos años. Ha sido una transformación grande y muy rápida. No todo el mundo ha sido capaz de asumirla por eso muchas personas, en general mayores, echan de menos tiempos pretéritos.





A la izquierda, el espectacular Hermitage. Sobre estas líneas, jardines del Palacio Petergoff, “el Versalles ruso” con el Báltico al fondo, donde también posó el grupo (abajo).

Ahora, una nueva clase media surge con fuerza. En muchos casos es necesario tener dos y más empleos. “Yo también doy clase de historia y arte en un instituto”, explicaba Natalia. “Además, Mosú no es Rusia, es como un estado dentro de otro estado, con unas condiciones mucho mejores lo que hace que cada vez más personas lleguen en busca de mejores oportunidades”. El sueldo medio ronda los 600 Euros, pero los alquileres, el transporte, la gasolina, la comida... son más económicos. Los sueldos de antes y las pensiones son insuficientes y por eso es muy frecuente encontrar muchas mujeres mayores como vigilantes en los museos. El Gobierno les permite que sigan trabajando para complementar las exiguas pensiones. “Hay trabajo. Nadie muere de hambre. El que desea trabajar, lo hace, aunque con frecuencia por debajo de sus capacidades o con unas condiciones mejorables. La facilidad para adaptarse a los nuevos tiempos es fundamental para hacerse un hueco”, comentaba Natalia, enamorada de la historia, de su profesión y capaz de transmitir ese entusiasmo tanto explicando las carrozas de los zares, como los iconos, o los impresionistas...

San Petersburgo

El Día Primero de Mayo, domingo, era fiesta, y las calles amanecieron cortadas al tráfico para realizar los desfiles. —Ya estaban engalanadas para la fiesta grande que se celebraría pocos días después, el día 9 de mayo. Es la fecha que se conmemora en todo el país, el “Día de la Victoria en la II Guerra Mundial”—. Era la última jornada en Moscú antes de poner rumbo a San Petersburgo en tren. Si Moscú es el corazón de Rusia, de las rutas comerciales, la sede del patriarca de la Iglesia Ortodoxa, la que ha resistido a las influencias extranjeras, con su gusto por lo grande, sólida, apegada a la tierra e identificada con Asia, con el gran río Moscova que la acaricia con miedo pero que apenas invita a pasear por él; San Petersburgo es la ventana a Europa, una ciudad de agua, que con frecuencia se compara con Venecia, —mientras que Moscú es con Roma—. San Petersburgo es planificada y burguesa. Los edificios son palacios, todos magníficos y armoniosos cuya altura máxima estaba marcada por los 33 metros del Palacio de Invierno que ahora es el archiconocido y prestigioso Museo Hermitage.



La ciudad nació al mismo tiempo que el mito, como un capricho. Fue en el siglo XVIII. La corte, en la figura de Pedro el Grande y Catalina II, construyeron a un ritmo frenético conjuntos arquitectónicos, palacios, asombrosos edificios, calles, plazas, transformando rápidamente el paisaje, convirtiendo un lodazal en una capital hermosa y deslumbrante para poetas, pintores,

artistas... Pedro el Grande quería una ciudad como Ámsterdam, con canales y para ello aprovechó los dos brazos del río Neva. A la ciudad llegaron constructores italianos, los más preciados. Tras conocer Versalles y París, en 1717, el zar volvió con el arquitecto Lebond, para trazar el plan general. Se escribieron miles de páginas sobre San Petersburgo y se pintaron cien-

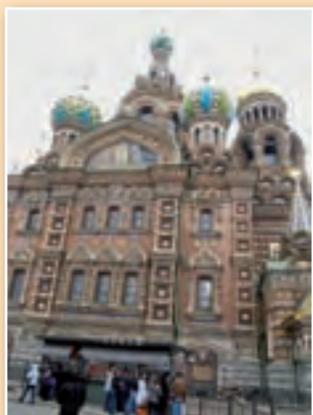


Actos del Casino

La Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, que recuerda a San Basilio, y cuyo interior no tiene un solo centímetro cuadrado sin mosaicos.



Viaje a Rusia



tos de lienzos aunque también sufrió sus sombras.

La ciudad se llenó de agujas, frente a las cúpulas bulbosas de Moscú. Se llamó San Petersburgo, Petrogrado, Leningrado y de nuevo San Petersburgo, por decisión popular.

La urbe recibió a los viajeros del Casino de Madrid con un frío, que luego no fue tanto, pero, claro, después del maravilloso tiempo de Moscú... No es de extrañar que los vendedores y las tiendas de gorros

de piel encontrarán una gran acogida en el grupo, pues toda protección parecía insuficiente. Pero rápidamente se suavizó el clima que no llegó a desanimar a los paseos nocturnos ni a las visitas más allá de la esquina. El hotel Taleon Imperial, un palacio de la época de los zares, fue el alojamiento para el grupo en San Petersburgo. Estaba situado en la calle Moika, esquina con la Avenida Nevsky, la arteria más importante, centro comercial, financiero y neurológico de la ciudad, en la que también están la Catedral de Nuestra Señora de Kazan —que se da un aire al Vaticano— y el edificio modernista que fue construido a principios del Siglo XX para la conocida empresa alemana de máquinas de coser Singer y que ahora es una enorme tienda de tres plantas de libros, postales, mapas y souvenirs.

La joya de la urbe es el Hermitage, que alberga buena parte de la histo-

ria de Rusia en los 365 salones del museo, distribuidos en seis edificios, junto al río Neva. El más importante es el Palacio de Invierno, que fue residencia de los zares desde la época de Pedro el Grande hasta la revolución rusa de 1917. Cuenta con más de tres millones de obras de arte.

No faltan íconos bizantinos y fabulosas piezas del tesoro zarista, como los espectaculares “huevos de Pascua” diseñados por Carl Fabergé, el joyero de los zares. También posee obras desde los maestros del Renacimiento hasta Picasso y las vanguardias del siglo XX, además de esculturas de la antigüedad griega, romana y egipcia. Un viajero puede pasarse días enteros delante de la colección de pinturas del Impresionismo francés o en

las salas dedicadas a Matisse, Picasso, Kandinsky, Rembrandt, Rubens y tantos otros genios. Además, los palacios que dan forma al Hermitage son obras de arte en sí mismas, por derecho propio. Sirvan de ejemplo las arañas de cristal y sus luces, los frescos de los techos de las salas, o los suelos, con un trabajo de marquetería que combinan maderas finas con dibujos y filigranas de todo tipo. Cuando la falta de tiempo impone una selección, lo mejor es “ir a tiro hecho” según preferencias y dejarse aconsejar para no perderse lo imprescindible, que incluso suele ser inabarcable.

Entre las visitas ineludibles no faltaron las realizadas a la Fortaleza de Pedro y Pablo —el germen donde se empezó la ciudad y donde se encuentran la Catedral





Nuestra Señora de Kazán, que recuerda ligeramente al Vaticano. Arriba, la grandiosidad del río. Abajo, una de las maravillosas lámparas del Hermitage.

de San Pedro y San Pablo, con las tumbas de los zares rusos—; La Catedral de San Isaac, la más grandiosa y en la que participó el ingeniero español Agustín de Betancourt. La Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, —que recuerda a San Basilio— y cuyo interior no tiene ni un solo centímetro cuadrado sin mosaicos; el acorazado Aurora, símbolo de la revolución rusa, que en el año 1917 marcó el inicio de la nueva época bolchevique y ahora es un barco-museo. Y el palacio Petergoff, también conocido como “El Versalles Ruso”, un complejo de palacios y parques construidos frente al mar Báltico, lleno de asombrosas fuentes y estatuas doradas. En el espectacular paseo por sus jardines, al lado del mar, los viajeros posaron para una foto de grupo, con el Báltico al fondo, como si se tratara de un inmenso decorado.

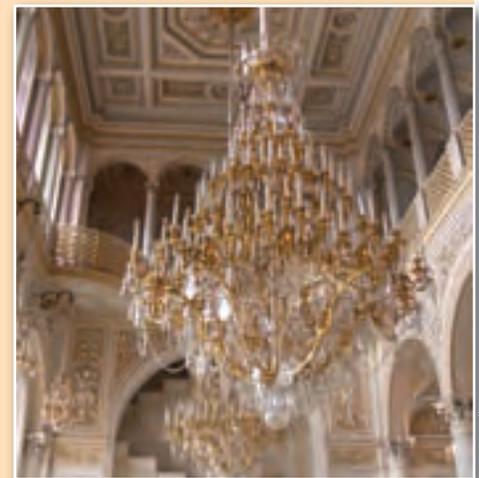
La ciudad es también un verdadero museo de puentes. Hay más de 40

islas, 60 ríos y canales y 342 puentes, que aportan cierto carácter romántico. De ellos, 22 cruzan el río Neva y son levadizos. Por las noches se elevan para dejar pasar a los grandes barcos mercantes, aunque solo en la época estival porque en invierno los ríos están helados. Estos puentes levantados, junto con el Hermitage, son los símbolos más identificativos de San Petersburgo.

Hubo una visita que no dejó a nadie indiferente: la realizada al Palacio de los príncipes Yusupov. Aparte de los maravillosos salones y el espectacular teatro familiar, también se pudo ver el sótano. En ese lugar, al que se accedía por húmedos pasadizos de olor indescifrable, recubiertos de ladrillo y angostas escaleras, unas figuras de cera simulan los personajes y reconstruyen el escenario del asesinato del famoso monje Rasputin. Todo está a la vista para que la imaginación complete el resto del relato. Desde

los dulces, que se suponen lo envenenaron, hasta la vajilla, cristalería y la cubertería que adornaban la mesa el día de autos. El cianuro no surtió efecto y para el final tuvieron que emplearse a fondo.

San Petersburgo es la imagen de una ciudad señorial. Palacios y más palacios trazados con mano experta y un diseño previo estudiado al milímetro. Ahora es objetivo empresarial de medio mundo. Una curiosidad para el orgullo patrio. En los mejores enclaves de , la empresa española Zara tiene tres tiendas, “con precios poco humanos”, según expresión textual de Olga, la guía local. Otra curiosidad: en Rusia, se toma “ensaladilla rusa” aunque ellos la llaman ensalada olivier y popularmente ensalada de invierno. Pese a que difiere de la “nuestra”, la base es esencialmente la misma y es frecuente como primero o como acompañante. Lo mismo ocurre con los filetes rusos. Existen, pero con un nombre difícil de pronunciar. También



están los *blinchiqs*, más conocidos como *blinis*, una especie de creps que enrollados con dulce o con salado brindan una apetitosa comida rápida a buen precio y a cualquier hora del día. Todo lo contrario que el caviar. Si es de Beluga, por las restricciones que ha tenido para evitar la sobreexplotación del esturión, sólo se comercializa el de piscifactoría y sigue siendo un poco caro. La lata de 125 gramos cuesta sobre los 300 euros.



Actos del Casino

Viaje a Rusia

El viaje finalizó con la tradicional cena de despedida, la última antes de emprender la vuelta, que para comodidad de los socios y socias, suele ser en el mismo hotel. También tradicional es el breve discurso que el Presidente del Casino, Mariano Turiel de Castro, dirige a sus consocios en el que hace una breve valoración del desarrollo del tour. En esta ocasión, tras los saludos habituales resaltó el "felicitar y felicitaros, porque éste ha sido

el mejor viaje". Agradeció el esfuerzo de la organización a Rocío y Khaled, de Dinamic Tours porque "ha sido un viaje ejemplar y las cosas no se hacen solas". También dedicó unas palabras de agradecimiento al Vicepresidente de la Junta Directiva, Javier Torrico y Torrico "el mejor colaborador, amigo siempre atento, siempre se puede contar con él y desde aquí quiero decir que es así. Y como no, una vez más a los socios, a vosotros, que sois los pro-

tagonistas indiscutibles y los verdaderamente importantes en nuestra Institución. Es verdad que tenemos un maravilloso edificio con valiosísimas obras pero nada de eso tendría sentido alguno si no están los socios". El Presidente aprovechó la ocasión para poner al corriente a los socios de algunos de los proyectos que se han puesto en marcha, "recuperando y actualizando algunas ideas", como la del cocido o la fiesta de Carnaval y "otras nuevas"

como la fiesta de la luna nueva de julio.

En el aire la pregunta habitual. El destino del próximo viaje. En este sentido, Turiel de Castro habló de la posibilidad de, en vez de hacer dos viajes anuales, como antes, o uno, como ahora, una opción intermedia que podría contemplar otras posibilidades, para terminar con un "¡se admiten sugerencias!".

Texto y fotos:
Rosa Figueroa

